

Los niños durante la ocupación del ejército invasor chileno en la ciudad de Lima*

MARGARITA MORA PONCE

El presente trabajo de investigación es una aproximación al estudio de la infancia durante la guerra con Chile en la ciudad de Lima. La vida cotidiana de los menores en esta coyuntura fue dramática; los testimonios de los niños José Santos Chocano, Adriana de Verneuil y Dora Mayer evidencian cómo vivieron la guerra y en qué condiciones se encontraba la ciudad. Asimismo, las cartas de Miguel Grau, del soldado Pedro Manuel y del coronel Narciso de la Colina muestran la preocupación y el cariño por sus familias. Por otra parte, también, resaltamos a los niños combatientes, quienes se enrolaron en los batallones por la patria. Sus funciones eran determinadas por el jefe del batallón y consistían en apoyar en la logística, pelear en el campo de batalla y pertenecer a la banda de música. Cabe indicar que se desconoce la cantidad de niños peruanos que participaron en la guerra. Lo importante es saber que estos niños soldados defendieron con valentía la patria.

LA OCUPACIÓN DE LA CAPITAL

Tras la derrota del ejército peruano en las batallas de San Juan y Miraflores, el ejército chileno resultó vencedor y, enseguida, destruyeron y saquearon a los pobladores de San Juan, Chorrillos y Miraflores. Luego, hicieron su ingreso a la capital el 17 de enero de 1881. El ejército chileno —aproximadamente 16 000 soldados— se dirigió hacia el cuartel de Santa Catalina y al cuartel Barbones. La otra parte de la tropa chilena fue hacia la sierra peruana para seguir combatiendo. En la capital, la vida social estaba

* Esta investigación forma parte de la tesis de licenciatura en Historia titulada *Los niños durante la ocupación del ejército invasor chileno en la ciudad de Lima (1881 - 1883)*, sustentada por la autora en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos el 10 de noviembre del 2017 para optar el título de licenciada en Historia.

inmóvil. No hubo teatro ni fiestas. Solo las damas de distinción iban a las misas bien arropadas (Moreno, 1974, p. 16). Los hoteles y restaurantes también fueron tomados por el ejército chileno (Basadre, 1969, p. 1879).

Sobre cómo se produjo la ocupación chilena, se tiene el testimonio de Antonia Moreno de Cáceres:

Era muy arriesgado sacar de Lima armamento, estando la ciudad tan bien vigilada por los soldados de la guarnición chilena; pero mi dignidad de peruana se sentía humillada, viviendo bajo la dominación del enemigo y decidí arriesgar mi vida, si era preciso, para ayudar a Cáceres a sacudir el oprobio que imponía el adversario. Mi viaje a la sierra, donde se alistaba ese puñado de héroes, resueltos a sufrir y luchar solo por salvar el honor del Perú —pues no tenían grandes probabilidades de éxito— animó mi espíritu rebelde a la servidumbre. Y entonces me entregué con todo el ardor de mi alma apasionada, a la defensa de nuestra santa causa, dedicándose a la conspiración más tenaz y decidida contra las fuerzas de ocupación. (Moreno, 1974, p. 19)

Ante la ocupación chilena, el alcalde de Lima, Rufino Torrico, se presentó ante el general chileno Baquedano el 16 de enero de 1881, acompañado por algunos diplomáticos y los capitanes de los buques extranjeros que se ubicaban en el puerto del Callao, para hacerle entrega de la ciudad. En la reunión, el almirante francés Albert Du Petit Thouars exigió a Baquedano que el ejército chileno no destruyera la ciudad de Lima; de lo contrario, los buques neutrales castigarían a los de nacionalidad chilena (Jochamowitz, 1948, p. 12; Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú [CPHEP], 2005, p. 265).

El 17 de enero de 1881, Baquedano ingresó a la ciudad con una división encabezada por el general Saavedra, a quien nombró gobernador de Lima. El 18 de enero de 1881, Patricio Lynch ocupó con su división el Callao y Baquedano se estableció en el Palacio de Gobierno. En los días siguientes, el ejército chileno fue instalado en el Colegio San Carlos, donde funcionaba la Universidad Mayor de San Marcos¹; en la Escuela de Ingenieros; en el Palacio de la Exposición; la Biblioteca Nacional; y en la Escuela de Artes y Oficios, donde causó grandes destrozos y convirtió, además, algunos de estos locales en cuarteles (CPHEP, 2005, p. 265). También se apoderaron de las rentas del Municipio, se llevaron leones, lebreles y otras estatuas de los paseos públicos de Lima, además de los cañones de la fortaleza del Callao. Asimismo, fueron saqueados la Escuela Militar, la Facultad de Medicina, el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe, entre otros (Basadre, 1969, pp. 1879-1880).

1 Copia de la carta del rector Juan Antonio Ribeyro al general del ejército de ocupación chilena, 8 de mayo de 1882. Se ubica en la sala 2, caja 4, ítem 201/75, folios 177-183, en el Archivo Histórico "Domingo Angulo" de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

En esas circunstancias, la prensa nacional fue dominada por los chilenos. Los periódicos nacionales no se publicaron; solo se publicaron los siguientes diarios chilenos: *La Actualidad* (1881), *La Situación* (1881-1882), *Diario Oficial* (1882-1883), *La Patria* (1883) y *El Comercio* (1881-1883) (Basadre, 1969, p. 1879).

En medio de la crisis y el abandono de la capital por el presidente Piérola, el 22 de febrero de 1881 se realizó una reunión de la élite limeña, una Junta de Notables conformada por políticos e intelectuales. Ellos eligieron al doctor Francisco García Calderón como nuevo presidente de la República. Su gobierno se estableció en el Pueblo de la Magdalena y fue reconocido por el Gobierno chileno como presidente provisorio. Este gobierno fue improvisado, por lo que hubo anarquía y un mayor desconcierto en todo el Perú (Cáceres, 1921, p. 96).

A la vez, el Gobierno chileno insistía en la firma de paz bajo sus condiciones al nuevo Gobierno peruano. La crisis económica era latente, sobre todo para costear los cupos de guerra, que eran exorbitantes (Guerra, 1991, p. 232). Para poder recaudar la suma solicitada se incluyeron a las familias acomodadas, comerciantes nacionales y extranjeros, con lo que se llegó a 20 000 pesos, que debían ser pagados en un corto plazo. En esa situación, el alcalde de Lima, César Canevaro, se encargó de la recaudación de cupos y se preocupó por la reconstrucción de la ciudad (calles, casas públicas, hospitales y cárceles) (Basadre, 2005, p. 179).

El presidente García Calderón no estaba de acuerdo con las negociaciones chilenas. A causa de ello, el 6 de noviembre de 1881, el presidente y el ministro Manuel María Gálvez fueron apresados y llevados al Callao por órdenes del vicealmirante chileno Patricio Lynch, jefe político del Perú. Luego, los enviaron a Valparaíso el 16 de noviembre de 1881 (Del Busto, 2006, p. 348).

Debido a este hecho, el vicepresidente peruano Lizardo Montero asumió la presidencia el 17 de noviembre de 1881 en Cajamarca. Aunque hizo todo lo posible para negociar la paz con Chile, el Gobierno chileno se negó rotundamente a entrar en conversaciones porque le interesaba continuar con la ocupación del Perú y llevar sus depredaciones a los departamentos del interior, porque esperaba encontrar algún peruano indigno que le sirviera de vil instrumento y que le facilitara los medios para aniquilar los ejércitos que aún defendían la honra del Perú (Paz Soldán, 1979, p. 174).

En medio de la presión del ejército chileno, la resistencia peruana estaba liderada principalmente por el mariscal Andrés Avelino Cáceres y Miguel Iglesias. En 1882, el general Iglesias dio el manifiesto conocido como el "Grito de Montán", en el que evidenciaba la necesidad de culminar la guerra con la firma de la paz. Por ello, el 9 de noviembre de 1882, el Consejo de Ministros del Gobierno de Montero decidió suprimir

del escalafón militar por traición a la patria a Miguel Iglesias. No obstante, la Asamblea Legislativa que el general Iglesias convocó en Cajamarca, el 16 de septiembre de 1882, lo nombró presidente del Perú para poder firmar la paz con Chile (Del Busto, 2006, p. 441).

En ese marco, Cáceres hizo un esfuerzo por impedir la firma de ese tratado y continuó luchando en la tercera Campaña de los Andes del Norte; sin embargo, el 20 de octubre de 1883 se efectuó la firma de paz con sesión territorial para Chile. José Antonio Lavalle, por parte del Perú, y Jovino Novoa, por parte de Chile, firmaron el Tratado de Paz de Ancón, al norte de Lima. Según este, el Perú cedía Tarapacá a Chile, y las provincias de Tacna y Arica quedaban bajo dominio chileno por una década (Del Busto, 2006, p. 442).

Ya establecida la paz, el 23 de octubre de 1883, las tropas chilenas al mando de Patricio Lynch desocuparon Lima retirándolas hacia Miraflores, Barranco y Chorrillos. Ese día el general Iglesias ingresaba a Lima y se instalaba en el Palacio de Gobierno. Mientras tanto, en otras zonas del Perú, había enfrentamientos entre los ejércitos chileno y peruano, estos últimos estuvieron encabezados por Cáceres (Mendoza Policarpio, 2014, p. 18). Finalmente, en medio del caos y la confusión, los peruanos tuvieron que aceptar el tratado de Ancón. El ejército chileno reconoció este tratado y se retiraron del territorio en agosto de 1884 (Del Busto, 2006, p. 444).

Por lo expuesto, podemos decir que el Estado peruano era endeble frente al invasor chileno, tanto en el aspecto administrativo como económico, cultural y militar. Las autoridades del Gobierno peruano no pudieron actuar idóneamente frente al conflicto porque el poder lo tenían los terratenientes, comerciantes y mineros. Ellos eran el grupo de poder que controlaba el país según sus intereses (Reyes, 1979, pp. 100-101).

LA FAMILIA EN LA GUERRA

La familia peruana fue afectada terriblemente por la funesta guerra, ya que la mayoría de los padres de familia fueron a las batallas para defender la patria. Los hijos estuvieron refugiados en sus casas a lado de sus progenitoras y sirvientes. A pesar de la escasez de alimentos, el caos y los temores, muchas mujeres no se rindieron y apoyaron a sus esposos con los enseres o proveyéndoles del pan necesario. Por ejemplo, un caso digno de alabar fue la labor de la mujer virtuosa y abnegada Antonia Moreno de Cáceres², esposa del general Cáceres. Antonia fue una madre muy dedicada a sus niñas y a su esposo, que no solo se preocupó por su familia, sino que también ayudó a sus compatriotas y trabajó arduamente por la patria, burlando muchas veces la custodia del ejército invasor chileno.

2 En el Museo de sitio Mariscal Andrés A. Cáceres, existen fotos, recuerdos y objetos de Antonia Moreno y su familia.

Durante el conflicto, la atmósfera de Lima era turbia, pues, en esos momentos, el vecindario estaba inquieto y alarmado por el ingreso de las tropas chilenas a la capital. El ejército chileno venció a los peruanos en las batallas de San Juan y Miraflores, e ingresó a la capital para arrasarlo con todo. Al oír estas noticias escalofriantes, el general Cáceres, quien se encontraba herido por luchar en las batallas, escribió una carta a su amada esposa, ya que estaba muy preocupado por su familia. Él escribió:

Ven —me decía—, no te expongas más, ni expongas a nuestras hijas. Si las cogieran a ustedes yo tendría que entregarme para salvarlas del sacrificio y entonces ¿quién sostendría la resistencia nacional? Yo necesito de toda mi serenidad para continuar esta lucha, que no debe cesar hasta que logre arrojar al invasor. Preparen el viaje. Mandaré a uno de mis ayudantes para que las traiga. (Moreno, 1974, p. 22).

Antonia leyó la carta de Cáceres y emprendió el viaje con sus niñas y una sirvienta llamada *Martina*. Durante el viaje, hubo muchos peligros, pues la patrulla chilena estaba buscándola, ya que Antonia era la promotora del Comité de Resistencia de Lima. En el camino, las personas de distintos pueblos la ayudaban y la hospedaban, pues el viaje era largo hacia Cocachacra. Ella los animaba a seguir luchando por la Patria y les decía que “era un deber ineludible ayudar a nuestros defensores para salvar al Perú. Por eso, me había decidido a emprender ese penoso viacrucis, que debía durar tres años” (Moreno, 1974, p. 31).

El viaje era difícil. El ejército invasor hacía lo posible por apresar a Antonia. Ella siempre desafiaba al ejército chileno, y fue gracias a los pobladores que siempre la ayudaban que el ejército chileno no pudo dar con el paradero de la familia de Cáceres:

Al llegar al pueblo, nos acercamos a su placita y nos sentamos al pie de un lindo sauce llorón, inclinado sobre un alegre riachuelo que por allí serpenteaba, luciendo entre sus aguas cristalinas, brillantes guijarros que parecían piedras preciosas.

Descansando con mis hijitas, al lado del romántico árbol, me entretenía en peinarlas y lavarles la cara y las manos, para quitarles el polvo del camino. Las niñas juguetaban con las vistosas piedrecitas, felices ya de verse libres de tantos sustos y fatigas. (Moreno, 1974, p. 33)

Después de tanto viajar y de los riesgos que corrieron, Antonia y sus niñas llegaron a Cocachacra donde se encontraron con Cáceres. Él estaba acompañado de su brillante séquito de valientes jefes, oficiales y soldados. En ese momento, el encuentro de la familia fue una escena maravillosa, tal y como lo cuenta su esposa:

Nuestro encuentro fue emocionante: Cáceres estaba radiante de felicidad, al recibir las caricias de sus hijas. Las tres se precipitaban al cuello de su padre, cubriéndole de besos y disputándose sus cariños. Él reía alegremente, pues teniendo a su familia a salvo y contando con un abnegado ejército, podía luchar serenamente en defensa de todos los hogares peruanos.

Una vez sosegado el alboroto que le hicieron las chicas, se acercó a mí y me abrazó conmovido. Yo me sentía feliz al vernos otra vez reunidos y algo más tranquilos. Hallándose ya restablecido de la herida que los chilenos le hicieron en la batalla de Miraflores, mi marido había recobrado la esbeltez de su figura. Los rasgos enérgicos de su fisonomía se suavizan cuando acariciaba a sus hijas. Dos nobles pasiones dominaban su gran espíritu: el ardiente amor a la patria y la dulcísima ternura paterna. (p. 34)

El testimonio de Antonia Moreno es emotivo y conmovedor. Así como ella, es probable que hubiera otras mujeres abnegadas y valientes que estuvieran dispuestas a sacrificar su propia vida por su familia, por la patria y sus compatriotas. Antonia, pese a que provenía de una familia notable, ayudó a sus compatriotas y nunca discriminó a los indios³, que también se movilizaban con sus esposas y niños.

Lo antes mencionado explica claramente la situación de las familias cautivas durante la funesta guerra. El ejército chileno agredió a las familias de distinta clase social. Muchas madres y sus hijos no tuvieron la suerte de mantenerse a salvo y murieron por los saqueos, ultrajes e incendios.

En medio del conflicto, los soldados peruanos que estaban en los campos de batalla entrenándose se preocupaban por sus familiares y escribían cartas a sus esposas. Por eso, a continuación, presentamos las cartas del soldado de reserva Pedro Manuel Rodríguez y Rodríguez, quien se casó con Isabel Lorente Benel, hija del ilustre catedrático Sebastián Lorente Ibañez. Él escribió varias cartas a su amada esposa, días previos a la batalla, para saber la situación de su hogar y de sus ocho hijos: Rosa Teresa, Isabel, María Elvira, Pedro Manuel, Teresa, María Esther, Sebastián y María Blanca. Aquí una muestra de sus cartas⁴.

Reducto n.º 2, enero 1 de 1881

Querida Ysabelita

He amanecido bien, ojalá que este año sea feliz para ti y mis hijitos a quienes darás muchas frutas a nombre de su Papa que a cada momento los recuerda.

Mi Rosita mi Ysabelita mi Elvirita mi Pedrito y mi Maria Teresa que no dejen de mentar el nombre de su Papa y tu ruega por tu esposo

Pedro

Mándame unos ponchos y un par de medias.

Reducto n.º 2, enero 6 de [1]881

Amada Ysabelita

³ Cabe resaltar que los indios eran el grueso del ejército de la Breña, y parte de los batallones en Lima.

⁴ Cabe indicar que en este artículo se sigue la ortografía original de las cartas, sin modificaciones. Dicho sea de paso, Antonio Coello, el historiador que las ha estudiado, es pariente de Pedro Manuel Rodríguez.

Recibí tu carta veo con placer que tú y mis hijos se hallan sin novedad y con deseos de verme, yo también tengo este deseo, Dios querrá que pronto se cumpla nuestras aspiraciones.

A las 9 una fuerte avanzada enemiga vino por el lado de San Juan a hacer un movimiento después de unos 15 minutos de tiroteo y de algunos cañonazos se retiró la avanzada.

Estos preludios anuncian que pronto se resolverá la cuestión, es probable que nosotros no tomemos parte en el combate, pues el ejército activo está muy entusiasta y ha ofrecido dar cuenta del enemigo; aun cuando llegará el caso de combatir será parapetados en los reductos.

Te mando algunas cosas que no me son útiles, me han dado porta capotes, guarda las correas [ilegible]

Si pasado mañana por la tarde no se ha resuelto la cuestión, me mandarás una camisa, un calzoncillo y un par de medias y dos pañuelos.

Un abrazo a Papa y a la Tía Petita, un besito a mis hijos y tu recibe el corazón de tu

Pedro

Ayer vi a Sebastián en el Barranco. (Coello, 2006)

La lectura de estas cartas del soldado de reserva nos demuestra el afecto que tenía a su esposa e hijos, así como a su suegro. Todavía no ha quedado claro cómo hacía para enviar las cartas al correo, pues la población de Lima estaba apenada por los hechos funestos de la guerra. Los correos o telégrafos pueden haber estado cerrados o aglomerados. Pese a ello, el soldado Pedro Manuel⁵ hacía todo lo posible por comunicarse con su esposa.

De igual importancia son las cartas del héroe piurano y padre ejemplar Miguel Grau Seminario⁶. En 1867, Grau se casó con la distinguida dama limeña Dolores Cabero, formaron un hermoso hogar y una numerosa familia. Ellos tuvieron diez hijos: Enrique (1868), Miguel Gregorio (1869), Óscar (1871), Ricardo Florencio (1872), María Luisa (1873), Carlos Pedro (1874), Rafael (1876), Victoria (1877), Elena (1877) y Miguel (1879). Su hogar estaba ubicado en la calle Lescano número 22, hoy jirón Huancavelica.

A continuación, transcribimos una de las muchas cartas que le escribió a su amada Dolores⁷.

5 El soldado Pedro Manuel sobrevivió a las batallas de San Juan y Miraflores, y luego fue a combatir en las batallas de la Campaña de la Breña. Él era un fiel soldado del general Cáceres. Culminada la guerra, formó parte de su gobierno en 1885. Además, él siempre estuvo al lado de su numerosa familia. Al respecto, Antonia Moreno da testimonio del soldado de reserva, de quien dijo: "Es un hombre inteligente y culto, como buen patriota, fue secretario de Cáceres en la Campaña de La Breña" (Moreno, 1974, p. 108).

6 El historiador sanmarquino Carlos Rojas Ferial hizo un libro en formato de historieta sobre la biografía de Miguel Grau: *Caballero de Mar y Tierra* (2009).

7 La carta transcrita se encuentra en el libro *A la Gloria del Gran Almirante del Perú Miguel Grau* (1979) de la Marina de Guerra del Perú.

Monitor "Huáscar"

Iquique Mayo 29 de 1879

Queridísima Esposa

Son las seis de la tarde, y acabo de regresar del Sur donde he permanecido seis a siete días recorriendo los puertos de Antofagasta, Mejillones, los fuertes y la "Covadonga", que se había refugiado allí muy cerca de las piedras. Al siguiente día les corté el cable a tiro de fusil y de tierra no se atrevieron a hacerme fuego, en lo que procedieron con prudencia, porque al verificarlo, estaba resuelto a bombardear la población. En los demás puertos se quemaron lanchas, etc.

Sé que Prado está en tierra, yo he mandado saludarlo porque no puedo ir personalmente; solo espero el bote para salir a la mar a pasar la noche fuera. Mañana que hable con él, veremos lo que se resuelva sobre la ida al Callao del "Huáscar" a reparar sus averías.

El vapor para el Norte, no pasa por aquí hasta mañana, pero por lo que pueda suceder te escribo anticipadamente con el objeto de saludarte cariñosamente y a la vez suplirte cartas a los niños mil caricias a mi nombre. Aconséjalos contantemente y diles que no se olviden de cumplir lo que me han ofrecido, de estudiar con empeño y en esforzarse bien, tanto en el colegio como en la casa.

Si ya has cobrado el mes de Mayo, cómprales a los muchachos unos vestiditos y camisas, para que vayan siempre aseados a la escuela.

Saluda a mis hermanas y al Coronel Gómez y dile a éste que los artilleros del "Huáscar" han resultado pésimos, a pesar de tanto ejercicio.

A Misia Luisa, Mercedes, Cristina y María Luisa, mil recuerdos, lo mismo que a Cristina Bustamante, etc., etc.

No te olvides de mandarme los periódicos por el conducto que te he indicado.

No dejes que los niños salgan solos a la calle, y pocas veces a la puerta de la calle.

Dile a la sirvienta que su hijo Colan está sin novedad.

Sería conveniente que dieras de cuando en cuando tus vueltas al colegio para que te informes de el [sic] adelanto y conducta de los muchachos.

Mayo 31 Ilo

Ayer por la mañana que regresaba a Iquique, después de haber pasado la noche fuera del puerto, me encontré con la escuadra chilena que al parecer entraba también; me persiguieron durante 1/1-2 horas, pero no me alcanzaron.

Esta noche acabaré el tomar carbón aquí y emprenderé viaje a Arica.

Con un fuerte y tierno abrazo se despide tu esposo que no te olvida.

Saluda a todos los que te pregunten por mí. Garibaldi me acaba de traer vino y huevos.

Mig. Grau [sic]

Las cartas muestran el afecto especial que tenía Grau a su esposa, Dolores Cabero, a sus hijos y al resto de su familia y amigos. A pesar de los amargos momentos del conflicto bélico, el almirante Grau no se olvidaba de su linda familia. Posteriormente,

el 8 de octubre de 1879 muere este gran hombre, víctima del ejército chileno mientras estaba al mando del monitor Huáscar. Esta noticia enlutó a la familia de Grau. El Gobierno peruano reconoció a este gran héroe y apoyó a su familia con el montepío.

Cabe resaltar que esta carta no fue escrita durante la ocupación de la capital, pero es importante señalarla porque nos muestra la situación de la familia del héroe Grau y de la ciudad de Lima. La ciudad aparentemente estaba tranquila y los pobladores vito-reaban que los combatientes peruanos vencerían al ejército chileno:

El ambiente de Lima ni bien declarada la guerra es, por usar una definición, de una euforia nacionalista. Todos y cada uno de sus habitantes desde distintos estratos sociales y escenarios políticos, manifestaban sus opiniones previendo una “espléndida” victoria los días “épicas” de la victoria de 2 de Mayo [sic]. (Flores, 2005, p. 14)

Por último, se presenta el testimonio del coronel de la Reserva del Reducto número 3, Narciso de la Colina del Rubí, quien también era abogado y un hombre opulento de Pisagua. Él contrajo matrimonio con la tacneña Adela Malaussena, fruto de su amor tuvieron cinco hijos: el primogénito, José Manuel (1873); luego, Zoila (1874), Florentina (1875); Narcisa (1877); y dos gemelos varones (1878), que fallecieron al año de nacidos. Ellos eran una familia pudiente. De la Colina era dueño de tres minas al sur del Perú y de otros bienes. Cuando el ejército chileno atacó el territorio peruano, se alistó para luchar y servir a la patria. Entre 1879 y 1880, en el puerto de Arica, se incorporó como coronel de la Guardia Nacional y, posteriormente, se alistó para comandar el batallón número 6 del Reducto número 3 en la batalla de Miraflores. La familia De la Colina sufrió su ausencia en el hogar; por eso, su primogénito, José Manuel, y Adela siempre le escribían cartas o le enviaban telegramas para mantenerse en contacto. A continuación, se presenta la carta en la que De la Colina escribió una contestación a José Manuel, quien tenía seis años. Él acostumbraba decirle a su hijo “Manuelito” y también se refería a sus hijas diciéndoles “chichitas”:

Arica, Noviembre 17 de 1879

Mi querido Manuelito:

Mucho gusto me has dado con tu cartita. Ya ves que estás adelantado. En premio de tu contracción, esperando que vayas todos los días a la escuela sin llorar, y que seas obediente con tu mamá y tu tía Isabel, te mando una caja de herramientas para que juegues.

Cuidado con fastidiar y hacer llorar a tu hermanita Florentina, a quien debes querer mucho, lo mismo que a Zoila Victoria.

Yo también te extraño mucho, y Dios ha de querer que pronto esté contigo. Para esto, reza formalito por la mañana y por la noche; porque de lo contrario Dios se enoja, y no te hace caso; y entonces ni yo voy, ni te puedo mandar juguetes.

Aguardando que cumplirás como te digo, dale un besito á cada una de tus hermanitas, en mi nombre, tú recibe muchos de,

Tu papasito [sic]

La carta⁸ es muy conmovedora porque, a pesar del funesto conflicto, De la Colina estaba al tanto de su familia, que residía en la capital, y preocupado por el bienestar de sus “chichitas” y de su esposa. Narciso era un hombre fuerte, valiente y un padre ejemplar que estaba dispuesto a servir a la patria; su actitud de valentía la demostró desde antes, luchando contra la armada española, en el combate naval de Dos de Mayo.

También se presenta una de las cartas que escribió a su esposa Adela, días previos a la batalla de Miraflores:

Reducto n.º 3

Enero 4 1881

Mi querida Adela:

Recibí la tuya del 2. Yo sigo bien; solo con un poco de sueño en este momento, porque anoche estuve de jefe de día, y rondando por consiguiendo los otros tres batallones de la división: con una tasa de té, quizá está listo, se me compondrá el cuerpo- Te mando a Agustín un número para su gorra, de los nuevos que se han distribuido á toda la Reserva.

Mándame una escobillita de ropa, y si es posible unas seis botellas de vino barato.

Con muchos besitos para mis chichitas y cariños para Isabel, recibe todo mi corazón.

Narciso

Esta carta demuestra que Colina siempre se comunicaba con su familia. Dicha carta relata el estado del ejército de reserva. Días posteriores, el 15 de enero de 1881, en la batalla de Miraflores, caería muerto él y su batallón, víctimas de un fusil y una bayoneta del ejército invasor. La noticia enlutó a la familia De la Colina. Materialmente lo tenían todo para sostenerse, pero estuvieron afligidos por la pérdida del ser amado. Posteriormente, Adela pidió al Gobierno peruano el montepío.

Las cartas de estos combatientes, defensores de nuestra patria, nos indican su preocupación y el profundo amor hacia los suyos. A pesar del momento dramático, nada les impedía seguir comunicándose.

Las fuentes mencionadas anteriormente nos muestran que muchas mujeres apoyaron a sus esposos con los enseres de la guerra. Ellas motivaron a sus pares para unirse a la causa nacional:

⁸ Las cartas de Narciso de la Colina se encuentran en el Instituto de Estudios Históricos del Pacífico, a cargo del ingeniero Oscar Ferreyra Hare, director del Instituto. Estas y los otros documentos fueron donados por los familiares de De la Colina.

Cada una de las señoras que, formaban las comisiones, llegaron a dirigirse a las damas residentes en Lima, y en los balnearios, consiguiendo, sin esfuerzo, que todas correspondieran a expectativas nacionales. Como siempre, la mujer peruana, brilló por su entusiasmo y generosidad. (García y García, 1924, p. 412)

También conviene señalar que las labores de las mujeres eran lavar, coser los uniformes de los soldados y preparar sus alimentos. Además, cuidaban a los niños, niñas y ancianos. Algunas de ellas eran económica y socialmente ricas, y otras eran de diferente nacionalidad, pero, en cualquier caso, dejaron a un lado su estatus social, su poder, pues no hubo distinción social para hacer frente a la guerra:

Sacudida dolorosamente por la noticia de la guerra, la mujer se apresuró a desarrollar una serie de actividades que sirvieran para sostener la economía que el país requería para hacer frente a la contienda, ya que no estaba preparado en ese aspecto. Uno de los actos muy repetidos, cuyos resultados permitieron habilitar hospitales de sangre con todos los implementos que se requerían para los heridos, fueron los conciertos y actuaciones que permitieron en medio de la tristeza de la adversidad que invadía el ambiente, resaltar el arte movido por el recóndito dolor de la destrucción y de la muerte que se avecinaban. (Prieto de Zegarra, 1980, p. 529)

Algunas de ellas también mandaron a la guerra a sus hijos. Las mujeres luchadoras fueron Rosa Vernal Ugarte, Isabel Gonzales de Prada, Antonia Moreno de Cáceres, entre otras. Abnegada labor de las mujeres durante la guerra. A ellas nada les impidió apoyar a sus esposos y compatriotas, aunque corrían el riesgo de ser arrestadas por los militares chilenos⁹.

Con lo mencionado anteriormente, se puede decir que el trabajo de estas dignas mujeres fue arduo y relevante para hacer frente a la guerra. Pero esta dejó secuelas en la familia, pues afectó la vida cotidiana. Entre las principales consecuencias, estuvieron el descenso de la nupcialidad, el incremento de los nacimientos ilegítimos y de la prostitución. Estas fueron las principales preocupaciones de la sociedad limeña después de la guerra. Por ello, las autoridades reflexionaron y pensaron en cambios sociales sobre la maternidad e infancia, ya que la guerra dejó heridas y afectó terriblemente en muchos aspectos sociales del país. (Mannarelli, 1999, p. 265).

TESTIMONIOS DE LOS NIÑOS

La temible guerra afectó a los menores de edad, pues dejó huellas imborrables en sus vidas. A modo de ilustración, a continuación, se presentarán los testimonios de Adriana de Verneuil, José Santos Chocano y Dora Mayer.

⁹ También hubo casos de mujeres que se conocieron con militares chilenos, se casaron, y tuvieron hijos (niños peruano-chilenos y niños chileno-peruanos). Para más información véase la tesis de Valle (2013).

Adriana Adelaide Chalumeau de Verneuil Conches nació en París el 25 de octubre de 1864, y murió en Lima el 22 de setiembre de 1948. Fue una memorista francoperuana y esposa del célebre escritor Manuel González Prada. Sus padres fueron Josephine Conches y Jules-Alfred Chalumeau de Verneuil. Tuvo cuatro hermanos: Alfredo, el mayor; Marie y Jane, quienes murieron muy tiernas; y Marthe. En 1875, llegó al Perú con su familia y fue internada en el Colegio de los Sagrados Corazones de Belén para realizar sus estudios escolares.

En 1879, cuando tenía catorce años y apenas había empezado sus clases del año, se oyeron noticias de la declaratoria de guerra. Adriana se conmovió mucho ante la noticia, pues recordó cómo la guerra de 1870 en Francia perjudicó su vida cuando tenía seis años. Por eso, junto con sus compañeras del colegio, bajo la dirección de las madres de Belén, rezó preocupada por los acontecimientos y por sus familiares. Su testimonio sobre los hechos es el siguiente:

Las madres muy comprensivas de nuestra ansiedad de la que participaban sin diferencia de nacionalidad, permitieron que se leyese en el comedor los periódicos que daban las noticias de la guerra, en lugar de la vida de los santos como se acostumbraba antes. Dejábamos de comer para oír la lectura; algunas llorando por tener parientes en el ejército del Sur, todas suspendidas a los labios de la lectora. Ya rápidos se sucedieron los tristes acontecimientos de las derrotas en tierra, las escaramuzas con la escuadra chilena en el mar, la que por vengarse, hundía buques pesqueros, víctimas indefensas, en las que cebaban su crueldad, furiosos se ponían de las burlas que les hacían los buques de la escuadra peruana al escurrirse de los puertos bloqueados, reapareciendo donde menos los esperaban, siendo la maña la única arma que nos quedaba, ante la superioridad del enemigo. (De González Prada, 1947, pp. 80-81)

A pesar de las tristes noticias, ese año las lecciones estudiantiles se desarrollaban con normalidad en el colegio de Belén. Adriana terminó sus clases y sus exámenes finales con excelentes notas y recibió su diploma de segundo grado. Como era habitual en el colegio, al final del período debía representar una comedia. Para ello, se preparó junto con su amiga Margarita y otras compañeras.

Mientras tanto, la situación en Lima empeoraba:

Todo Lima se había vuelto un campamento donde venían a reunirse indios reclutados en la sierra para formar batallones; arrastrando el paso, cansados antes de haber llegado, daba lástima verlos pasar seguidos de sus pobres "rabonas" tan inconscientes como ellos que fielmente los seguían hacia el matadero. Las gentes de Lima compadecidas, los animaban hablándoles: —¿A qué has venido? —les preguntaban—. "A matar chileno, animal grandazo con sus botas"... contestaban ingenuamente en su ignorancia de saber contra quien iban a batirse [*sic*]. (De González Prada, 1947, p. 83)

El testimonio de Adriana de Vernuil evidencia que en la capital peruana reinaban el caos, la preocupación y la inseguridad. Ella se preocupaba por los indios, pues estos no estaban preparados para la batalla. Es más, muchos de ellos no sabían por quién

peleaban y solo cumplían órdenes. Por ello, sus vidas se perdieron en el fragor de la contienda.

Tras la derrota peruana en las batallas de San Juan y Miraflores, las tropas chilenas ingresaron a la capital. Inmediatamente, su padre, Jules-Alfred, envió a Adriana, su hija, al Colegio de Belén para que estuviera segura y repasara sus lecciones. Sin embargo, las clases no se desarrollaban con normalidad. Ella y sus compañeras dibujaban y comentaban sobre la humillante ocupación. He aquí su testimonio:

Muy triste fué [sic] nuestro regreso a Lima, viendo de lejos flamear la bandera chilena sobre el Palacio de los Virreyes. Yo no me atreví entonces a visitar a nadie, pensando en lo humillados que estarían los peruanos de la bochornosa situación creada por las circunstancias: Lima parecía una tumba donde sus habitantes se escondían muertos de vergüenza; las puertas cerradas en señal de duelo. Por sus calles sólo transitaban los vencedores arrastrando sus sables, para marcar mejor su toma de posesión.

En esas condiciones mi papá pensó que iba a ser muy triste mi vida en ese aislamiento y me convenció que sería mejor regresara yo a Belén ... de nuevo en medio de mis compañeras volví a formar parte de sus juegos y diversas distracciones ... el tema de nuestras conversaciones fué contarnos mutuamente los malos ratos que habíamos pasado; muchas se habían refugiado, la madre Superiora, en esos días terribles de la invasión, había acogido a todas las familias que podían caber en el extenso local y entre ellas la esposa del Presidente caído, la señora de Piérola y sus tres hijas. (p. 87)

A menudo, Adriana salía del colegio para visitar a su familia. Pero, como sufría al ver los abusos cometidos por los oficiales chilenos en las calles de Lima, prefería retornar a su centro de estudios. Sobre ello, comentó:

Un día un oficial chileno quiso pegarle de planazos a mi papá, porque no le cedía la vereda. Mi hermano que le daba el brazo intervino: "¿No ve usted que es enfermo?", le dijo reprochándole su abuso; el chileno bajó del sardinel y siguió su camino sin chistar ... me horrorizaba verlos continuamente cometer las mayores injusticias. (p. 93)

La perspectiva de Adriana sobre la guerra era clara, pues ya había tenido una experiencia similar en Francia. Para ella, dicha confrontación era sinónimo de funestos recuerdos y de mucho sufrimiento. Lo mismo sentían todos los peruanos y peruanas, incluidas las niñas del colegio de Belén, quienes, muy preocupadas por sus vidas y las de sus familias, eran consoladas por las religiosas.

Otro testimonio desgarrador sobre los acontecimientos durante el conflicto es el del niño José Santos Chocano Gastañodi, quien, en el futuro, se convertiría en un poeta afamado conocido como el Cantor de América. Este nació en Lima el 14 de mayo de 1875 y murió en Chile el 13 de diciembre de 1934. Sus padres fueron José Félix Chocano de Zela y María Aurora Gastañodi de la Vega; tuvo una hermana llamada Virginia.

Cuando él era aún un infante, la familia habitaba en una casona grande, de amplia portada, ubicada en la calle de Argandoña, 27, altos, en el corazón del barrio viejo de

Lima, a dos cuadras del Palacio de Gobierno y a una de la Iglesia de Santo Domingo. Tenía cuatro años cuando se inició la guerra y cerca de seis cuando la ciudad de Lima fue ocupada por el ejército chileno. En ese lapso, leía el diccionario de Larousse, enciclopedias y antologías. Pasaba más tiempo al lado de su madre, pues su padre, José Félix, se había enrolado en el ejército peruano. Sobre esa época convulsa que marcó los primeros años de su vida, refirió lo siguiente:

Había empezado apenas la ocupación de Lima. Los clarines del ejército que entró a ocuparla sonaron de tal modo en mis oídos cuando me faltaba aún mucho para cumplir seis años, que ensordecieron para siempre mi niñez. Mi niñez quedó encerrada en casa en el enclaustramiento impuesto por la ley marcial de un ejército vencedor en una ciudad cautiva. Durante dos pasados años cayó sobre mi espíritu de niño la lápida de un silencio sepulcral...Yo no corrí, yo no reí, yo no jugué, yo no tuve propiamente niñez. (Chocano, 1940, p. 45)

Durante la ocupación, su madre y su hermana estaban acongojadas porque el padre se encontraba en el campo de batalla defendiendo la capital limeña; por ello, trataban de consolarse mutuamente. En esas circunstancias, el niño Chocano no podía estar tranquilo al notar la desolación que gobernaba en su hogar y en la ciudad. La partida de su progenitor lo impactó, según se evidencia en su testimonio:

Uno de los recuerdos más vivos de mi infancia es la despedida de mi padre, vestido con sus viejos arreos militares, a cumplir el deber. Es una estrofa viva de la "Ilíada", que nunca olvidaré.

Estoy yo en brazos de mi madre. Mi hermana mayor reza, arrodillada ante un bello calvario que impone su sobrio misticismo en el dormitorio paterno. Mi padre mudamente nos abraza, a mi hermana primero, a mí después, a mi madre finalmente. Mi madre no derrama una lágrima, mientras que mi hermana solloza. (Chocano, 1940, p. 44)

Para despejar su mente, José Santos Chocano atendía los textos que su mamá, María Gastañodi de la Vega, le leía cada día. No podía jugar con otros niños, ya que estos estaban atemorizados y no salían de sus casas. Sobre ello, escribió:

Los únicos entretenimientos de mi niñez fueron los cuentos de mi madre y los relatos militares de mi padre. Mis únicos juguetes fueron los libros: leí, estudié; supe mucho más de lo que debí saber para mis años. Carecí, en cambio, del candor infantil. Precoz mi inteligencia, precoz mi corazón. (p. 48)

Siempre estaba al lado de su madre, por eso, un día fue testigo de cómo ella asistió a un jefe chileno que yacía moribundo. Sobre esa experiencia, manifestó:

En uno de los hospitales de sangre —recuerdo bien que denominado de la Cruz Blanca— mi madre asiste hasta la muerte a un jefe chileno apellidado Supper, uno de cuyos hijos —Carlos— hace constar, con gentileza marcial, su más profundo reconocimiento por la prolijidad de la asistencia. Es éste el primer contacto en que mi niñez se halla con el ejército vencedor: un viejo y bravo jefe chileno que se muere bajo el cuidado de mi madre, ante la que me parece estoy viendo inclinarse con respeto a los

dos hijos, militares también de gallarda y en aquella ocasión dolorida presencia. En el fondo del cuadro, se me antoja ahora que ha de haber pasado la sombra del Maestro de Maestros, balbuceando tal vez: Amaos los unos a los otros... (p. 45)

Tales palabras evidencian cuán esforzada y perseverante era la madre de Chocano. Cuidaba a los niños y, a la vez, colaboraba solidariamente en la atención de los heridos y enfermos en los hospitales de sangre; ella fue un modelo de tenacidad en la vida del niño Chocano.

Por último, presentaremos el testimonio de la niña Dora Mayer. Ella nació en Hamburgo (Alemania) el 12 de marzo de 1868 y falleció en Lima en 1959. Sus padres adoptivos fueron Anatol Mayer y Matilde Loehrs de Mayer. No tuvo hermanos. Su tía Luisa también se encargó de su crianza. Dora no fue al colegio; por ello, su madre fungió de maestra para ella. Llegó al Callao junto con sus padres y su tía en 1873, cuando tenía cinco años, y adoptó la cultura y la nacionalidad peruana; en el futuro se convertiría en una gran escritora y fundaría la Asociación Pro-Indígena.

Cuando Dora Mayer cumplió doce años, el 12 de marzo de 1880, sus padres le dieron muchos regalos: un gran ramo de rosas, una muselina con botoncitos de rosas y una carpetita de estilo antiguo, de *papier-mâché*. Mientras ella celebraba su cumpleaños, el Perú estaba en guerra (Mayer de Zulen, 1992, p. 50). Ella y los miembros de su familia estaban atentos a todos los acontecimientos del conflicto. En los momentos previos a la ocupación, recuerda Dora, la población se hallaba tensa. Sus padres previeron la situación y compraron muchos alimentos para afrontarla:

Mi papá compró un quintal de frijoles cocachos; una arroba de azúcar, dos panes de azúcar, y un cajón de té chino. Mi mamá que apuntaba los gastos diarios anotó precios del pan y otros artículos de primera necesidad ... no había carne, pues en esa época llegué a conocer todas las clases de pescado de nuestras aguas marinas.

... No se hacía cola para el pan, sino que se luchaba por este artículo a codazo limpio ante los kioscos municipales que se había instalado en la plaza de abastos. Debe haber escaseado completamente el pan a consecuencia del bloqueo en 1880, pues recuerdo que mi mamá cocinaba camotes para el desayuno, mientras yo me entretenía con un libro ilustrado, acompañándola en el corral. (Mayer de Zulen, 1992, pp. 125-126)

Este testimonio refleja los momentos agobiantes que vivieron las familias para abastecerse en los quioscos. Los alimentos son necesarios para subsistir y gozar de una buena salud. Los padres de familia debían proveerse de ellos para dar de comer a sus hijos, pues la malnutrición de estos podría acarrearles enfermedades y hasta la muerte.

Dora tuvo buenos amigos: Manuel Antonio y Germán, hijos de Aurelio Reyna. Ellos compartían los mismos gustos para entretenerse. Dado el contexto, entre sus juegos, se incorporó el tema bélico:

Él dibujaba y yo dibujaba, él traía purpurina y papeles de color, y goma, y pedacitos de incienso. En ese tiempo hacía yo buquesitos [sic] de papel con los nombres de la escuadra peruana, empleaba para los casos papel plateado que provenía de los paquetes de té Wir, Scott y Ca... Tuve que hacer varias copias de una concepción mía de Alfonso Ugarte en el Morro. Manuel me obsequió de un bizcochero, un heladero y otros tipos más. Germán y Manuel repasaban inglés conmigo bajo la dirección de mi mamá. (Mayer de Zulen, 1992, pp. 126-127)

Disfrutaban con sus pasatiempos; sin embargo, esos gratos momentos solo duraron hasta fines de 1881 o principios de 1882. El padre de los niños Germán y Manuel fue removido a otro puesto fuera del Callao. De este modo, la soledad volvió a reinar en la vida cotidiana de la niña Mayer. Asimismo, se sentía muy apenada por las tristes noticias de las derrotas de los peruanos en las batallas de San Juan y Miraflores. Según su testimonio, ella y su familia se condolieron por las desgracias acontecidas (1992, pp. 127-128).

Los testimonios citados han permitido conocer la situación y la vida cotidiana de los niños José, Adriana y Dora durante el conflicto bélico. Afortunadamente, ellos estuvieron con sus padres, quienes los protegían y los ayudaban a sobreponerse a la trágica circunstancia. Pero ¿qué hubiera sucedido si no hubieran contado con el apoyo de sus seres queridos? Posiblemente, hubieran perecido o habrían sido llevados a los refugios. ¿Cuántos otros niños habrán sufrido también los estragos de la guerra? Es seguro que muchos se vieron obligados a sobrevivir en medio de la inseguridad, los bayonetazos y los cañonazos que los perjudicaban. Estas son experiencias difíciles de relegar en la memoria.

LOS NIÑOS COMBATIENTES DEL PERÚ

También, los niños peruanos se enrolaron en los batallones por la Patria¹⁰. Ellos eran de distintas clases sociales; sus edades oscilaban entre los doce y dieciséis años. Por luchar en el conflicto, los jefes militares de los batallones les otorgaban, según sus acciones de armas o méritos, grados militares: cabo, subteniente o teniente. Al respecto, es importante preguntarnos cómo es que estos menores de edad concibieron en su mente el objetivo de servir a la patria¹¹. Para responder esta interrogante, se deben conocer los motivos por los cuales se enrolaron a los regimientos. A partir del estudio y el análisis interpretativo de las fuentes, podría afirmarse que los niños participaron en la guerra porque sentían un gran respeto por la tierra que los vio nacer, ya que sus padres los

10 El presidente Piérola, mediante el Decreto Supremo del 17 de junio de 1880, convocó a todos los habitantes de Lima y a todos los peruanos, entre los 16 y 60 años, sin excepción alguna para constituir la reserva, con el fin de defender la patria. A pesar de que se precisó la edad, hubo menores de 16 años que se presentaron ante el llamado (CPHEP, 1981, p. 55).

11 Con respecto a la patria, que está relacionada con la nación, Joseph Dager (2009) explica que, en el siglo XIX, era difícil hablar de nación, porque la imagen de esta no siempre incluyó a las comunidades subalternas, quienes eran la mayoría social del Perú (pp. 18-20).

habían educado de esa manera. Un caso ilustrativo es el de Néstor Batanero. Otros niños eran enviados al campo de batalla por sus padres; otros seguían el ejemplo, bien de sus padres o bien de sus hermanos, como es el caso de Manuel Fernando Bonilla.

Los niños, llamados *cabitos*, se preparaban, desde los catorce años, en la Escuela de Clases. Ellos también formaron parte de varios batallones para luchar contra el ejército invasor chileno. Ellos y otros niños participaron en los combates navales, en las batallas de la Campaña del Sur, de la Campaña de Lima y de la Campaña de la Breña.

Por otra parte, es posible afirmar que algunos niños fueran reclutados por la fuerza; sin embargo, la mayoría estuvo motivada por seguir el ejemplo de sus padres (como Viviano Paredes). También, los testimonios de parte de los familiares y de los compañeros de armas avalan sus actitudes de valentía y coraje, por lo que, en el presente siglo, han sido reconocidos como “Niños Héroe”. Los nombres de los Niños Héroe están inscritos en una placa en la Cripta de los Héroe de la Guerra de 1879, ubicada en el cementerio Presbítero Maestro.

Tabla 1

Lista de los Niños Héroe del Perú

N.º	Nombres y apellidos	Lugar de nacimiento	Edad cuando ingresó al campo de batalla	Acción de armas (batallas)	Grado militar/ función
1	Néstor Batanero Infantas	Cajamarca	13 años	San Juan (13 de enero de 1881) y San Pablo (13 de julio de 1882)	Cabo y subteniente
2	Manuel Fernando Bonilla Elrhant	Callao. Estudiante del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe	12 años	Miraflores (15 de enero de 1881)	Tambor de música y cabo
3	Alfredo Maldonado Arias	Arica	16 años	Arica (7 de junio de 1880)	Cabo de artillería
4	Agustín Salas	Áncash	13 años	Monitor Huáscar (octubre de 1879) y Miraflores (15 de enero de 1881)	Apoyo logístico y tambor de música
5	Gregorio Pita García	Cajamarca. Estudiante del Colegio San Ramón	No se indica su edad.	San Pablo (13 de julio de 1882)	-
6	Augusto Bolognesi Cervantes	Lima	15 años	Arica (7 de junio de 1880) y San Juan (13 de enero de 1881)	Subteniente de infantería y teniente de infantería

(continúa)

LIENZO 44 / REFLEXIONES HUMANÍSTICAS

(continuación)

7	José Manuel Quiroz Goicochea	Cajamarca. Estudiante del Colegio San Ramón	No se indica su edad.	San Pablo (13 de julio de 1882)	-
8	Enrique Villanueva	Cajamarca. Estudiante del Colegio San Ramón	No se indica su edad.	Batallón Chota n.º 7, en San Pablo (13 de julio de 1882)	-
9	Germán Siche	Lima	14 años	Batallón Octavo de la Reserva en Miraflores (15 de enero de 1881)	Cabo 2.º
10	José Valqui	Chachapoyas	13 años	San Juan y Miraflores (13 y 15 de enero de 1881)	-
11	Isaías Clivio	Chincha Alta	16 años	San Juan (13 de enero de 1881)	Cabo
12	Germán Grimaldo Amézaga	Lima	14 años	San Juan (13 de enero de 1881)	Teniente
13	César Figueroa Toledo	Lima	Estudiante del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe	Miraflores (15 de enero de 1881)	-
14	Viviano Paredes	Huaraz	12 años	San Juan (13 de enero de 1881)	-
15	Samuel Bernardo Ordóñez Noya	Lima	14 años	En el reduto n.º 1. Miraflores (15 de enero de 1881)	Sargento mayor
16	Benjamín G. Bermudez	No se indica su lugar de nacimiento.	Casi un niño	Tarapacá (27 de noviembre de 1879)	Cabo y tambor de la banda de música
17	José La Rosa García	No se indica su lugar de nacimiento.	16 años	Miraflores (15 de enero de 1881)	Unidad de Batallón de la Guarnición de la Marina
18	Pascual Ruiz Zevallos	Pisagua	13 años	Pisagua (2 de noviembre de 1879)	-
19	Germán S. Romero	No se indica su lugar de nacimiento.	16 años	Batalla de San Juan (13 de enero de 1881)	Sargento 1.º
20	Ramón Palacios Robles	Catacaos	14 años	Batallón de Libertad n.º 48 y Batallón Libertad n.º 7 Batalla de San Juan (13 de enero de 1881)	No se precisa su grado ni función.
21	Lizardo Pedraja	Arica	16 años	Batalla de Arica (7 de noviembre de 1880)	Subteniente de la batería del Este

La presente lista ha sido elaborada con los expedientes, lista de revista, libros y revistas que se han investigado en el Archivo Histórico Militar y la Biblioteca del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú, los cuales son mencionados en la referencia. Es una relación de los niños que se enrolaron en diferentes batallones para defender el suelo peruano. Muchos murieron en el campo de batalla, pero otros sobrevivieron¹² y pidieron al Gobierno peruano, en la posguerra, que se les otorgara una pensión y un reconocimiento oficial por su accionar.

CONCLUSIONES

La ocupación de la ciudad de Lima por parte del ejército chileno atemorizó a la población. Las víctimas más vulnerables fueron los niños, quienes no disfrutaron de una infancia apropiada. Los testimonios de José Santos Chocano, Adriana de Verneuil y Dora Mayer evidencian los momentos dramáticos que vivieron las familias.

A pesar del caos y el dolor, las mujeres, los niños y otras personas de familias acomodadas y religiosas ayudaban a su prójimo colectando a favor de los menesterosos, huérfanos y víctimas de la guerra. Asimismo, el Gobierno peruano, representado por el Congreso, otorgaba montepíos o pensiones a los familiares de los combatientes fallecidos. Esto fue una muestra de ayuda mutua entre los peruanos y del apoyo que recibieron de las autoridades.

La comunicación entre el soldado y su esposa e hijos era necesaria. Las cartas y los telegramas fueron medios imprescindibles para que los familiares se sintieran consolados. Por lo tanto, la cruenta guerra no impidió que algunas familias se informaran sobre la situación de los suyos.

Los niños de todas partes del Perú —de entre doce y dieciséis años— participaron en diferentes batallas durante la guerra con Chile. Ejercieron diversos cargos, como tambores de órdenes en la banda de música, artilleros, personal de logística, entre otros. Ellos se guiaron por el fervor patriótico para defender el país. A pesar de que las autoridades del Gobierno no apoyaron eficientemente al ejército peruano, aquellos niños guerreros no se rindieron. Los nombres de algunos de ellos están inscritos en la placa de la Cripta de los Héroes de la Guerra de 1879, en el cementerio Presbítero Maestro.

12 Para más información sobre los sobrevivientes véase el libro *Guerra del Pacífico. Soldados sobrevivientes*, del historiador Alejandro Reyes Flores (2018). En el libro, se menciona a varios sobrevivientes que lucharon por la Patria siendo menores de edad.

REFERENCIAS

- Archivo Histórico del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú. Expedientes de Benjamín G. Bermúdez, José La Rosa y Germán S. Romero (1890-1940), sección Genealogía y Doctrina.
- Archivo Histórico "Domingo Angulo" de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Copia de la carta del Rector Juan Antonio Ribeyro al General del Ejército de Ocupación Chilena, 8 de mayo de 1882. Sala 2, caja 4, ítem 201/75, folios 177-183.
- Basadre Grohmann, J. (1969). *Historia de la República del Perú 1822-1933* (tomo 8). Universidad Ricardo Palma.
- Basadre Grohmann, J. (2005). *Historia de la República del Perú 1822-1933* (tomo 9). El Comercio.
- Busto Duthurburu, J. (2006). *Historia cronológica del Perú*. Petroperú.
- Cáceres, Z. A. (1921). *La campaña de la Breña: memorias del Mariscal del Perú D. Andrés A. Cáceres*. Imprenta Americana.
- Chocano, J. S. (1940). *Memorias: las mil y una aventuras*. Nascimento.
- Coello, A. (2006, diciembre). Unas cartas desde el reducto de Pedro Manuel Rodríguez Rodríguez. *Uku Pacha. Revista de Investigaciones Históricas*, 5(10), 101-109.
- Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú. (1980). *La epopeya del Morro de Arica: 7 de junio de 1880*. CPHE.
- Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú. (1981). *La gesta de Lima. 1881-13/15 enero-1981*. CPHE.
- Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú. (2005). *Historia general del Ejército del Perú: siglo XIX* (tomo V, vol. I). CPHE.
- Dager Alva, J. (2009). *Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- De González Prada, A. (1947). *Mi Manuel*. Cultura Antártica.
- Elmore, A. (Ed.). (1979). *A la gloria del gran Almirante del Perú Miguel Grau* (2.^a ed.). Ministerio de Marina.
- Flores Rosales, E. (2005). *Ciudadanos en armas. El ejército de Reserva de Lima en la guerra del Pacífico (1880-1881)* [Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú].
- García y García, E. (1924). *La mujer peruana a través de los siglos* (tomo I). Imprenta Americana.
- Guerra Martiniere, M. (1991). *La ocupación de Lima (1881-1883). El gobierno de García Calderón*. Instituto Riva-Agüero.

- Instituto de Estudios Históricos del Pacífico. (1879 y 1881). Cartas de Narciso de la Colina. Arica, 17 de noviembre de 1879 y Reducto n.º 3, 4 de enero de 1881.
- Jochamowitz, A. (1948). *Du Petit-Thouars y la defensa de Lima*. Imprenta Torres Aguirre.
- Lista de Revista de la Escuela de Clases*. (1879, marzo). 6.ª Compañía.
- Mayer de Zulen, D. (1992). *Memorias* (vols. I y II). Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Seminario de Historia Rural Andina.
- Mannarelli Cavagnari, M. (1999). *Limpias y modernas: género, higiene y cultura en la Lima del Novecientos*. Flora Tristán.
- Mendoza Policarpio, R. Y. (2014). Álbum Campaña de la Breña y Tratado de Ancón. Tercer álbum de la Guerra con Chile. *La Razón*.
- Mora Ponce, M. (2017). *Los niños durante la ocupación del ejército invasor chileno en la ciudad de Lima (1881-1883)* [Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos].
- Moreno de Cáceres, A. (1974). *Recuerdos de la Campaña de la Breña: memorias*. Milla Batres.
- Paz Soldán, M. (1979). *Narrativa histórica de la guerra con Chile contra el Perú y Bolivia. Campaña de Lima* (tomo 3). Milla Batres.
- Prieto de Zegarra, J. (1980). *Mujer, poder y desarrollo en el Perú* (tomo I). Dorhca Representaciones.
- Reyes Flores, A. (1979). Relaciones internacionales en el Pacífico Sur, ensayo de interpretación: 1873-1879. En W. Reátegui Cháves (Ed.), *La Guerra del Pacífico* (vol. 1, pp. 39-96). Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Reyes Flores, A. (2018). *Guerra del Pacífico: soldados sobrevivientes A-B*.
- Rojas Fera, C. (2009). *Miguel Grau: Caballero de Mar y Tierra. Biografía ilustrada*. Edición del autor.
- Rojas Flores, J. (2010). *Historia de la infancia en el Chile republicano, 1810-2010*. Editorial Junta Nacional de Jardines Infantiles.
- Sánchez, G. (2013). Niños héroes que se inmolaron en la guerra con Chile. *Revista Actualidad Militar*. RAM 484 [septiembre-octubre].
- Sánchez Sánchez, L. A. (1960). *Aladino o vida y obra de José Santos Chocano*. Libro Mex Editores.
- Valle Vera, M. L. (2013). *Relaciones entre chilenos y mujeres peruanas residentes en Lima durante la ocupación militar de la ciudad (1881-1883) a través de las fuentes parroquiales* [Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú].